

Películas de Vaqueros

GERARDO CLAPS
Crítico chileno

El western y la historia

Hay un aspecto en el que se repara poco cuando se ve o juzga estas películas. Me refiero a su conexión con la historia de los Estados Unidos. Los 13 estados originales de la Unión formaban una pequeña franja situada entre el Atlántico y los montes Apalaches. Más allá de esas montañas se extendía el amplísimo Oeste (West), tierra de nadie que invitaba a la conquista y atrajo a innumerables aventureros y pioneros. Atravesando los Apalaches por los pasos del Tennessee, del Bisonte y del Guerrero estos hombres se enfrentaron con inmensas llanuras, con el desierto, con nuevas montañas hasta detener su impulso en las costas del Pacífico, por no haber más tierras que dominar. La Guerra de la Secesión, entre los estados del Norte y del Sur, marcó una pausa en esa asombrosa marcha hacia el Oeste. Pero, apenas concluyó ésta, el hombre prosiguió la conquista de tierras cada vez más lejanas. Ahora se hablaba del Lejano Oeste, del Far West.

La discutible anexión de tierras mexicanas, entre las que cabría considerar el Estado de Texas, y la resistencia de la escasa población indígena colorearon con algunos débiles tintes bélicos esta empresa. En este sentido, la Guerra de Secesión ofrecía temas de más valor. Pero no reside en estos episodios guerreros la fuerza épica del Oeste, sino en el esfuerzo conquistador de un pueblo que incorporó a sus dominios extensiones vastísimas de tierra. Este esfuerzo, realizado por hombres procedentes del Este, marcó a la nación. En el yunque del Oeste se forjó el carácter del pueblo norteamericano: su optimismo dinámico, su confianza en la acción, su culto a la energía y la eficiencia, su enfrentamiento simple a los problemas, despreciando las complicaciones y matices. Fue así como el Este, partiendo a conquistar el Oeste, resultó conquistado por él. La imagen de lo norteamericano, de lo típico y folklórico de este pueblo, lo tenemos en el Oeste. ¿Quién ignora sus elementos: el sombrero alón, el cinturón con una funda de revólver, el lazo, el caballo, la estrella del sheriff, el rancho y el pueblo de madera con calles polvorientas, los salones donde se bebe, se juega, se tranzan los negocios y se expone la vida? Todo este conjunto evoca un mundo, el mundo del Oeste, que es el de las películas de cow-boys o género "western". Todos estos elementos pasaron a enriquecer el patrimonio de un pueblo, pues a través de ellos evocaba una gesta. El avance hacia el Oeste y la incorporación de esas tierras a la vida nacional significó un inmenso despliegue de valor y una proeza vivida cada día por cada hombre. Era algo que no se podía olvidar.

John Sturges, director de varios westerns, entre

otros de "Siete contra el destino", anota otro rasgo de esta gesta y es su juventud. Un hombre de 30 años era entonces un viejo en el Oeste. Esto ayuda a explicar el dinamismo, la violencia, la irreflexión y el desprecio por la vida de esos hombres.

El primer atractivo hacia el Oeste fue ejercido por las minas de oro. Detrás de ellas los hombres atravesaron vastas llanuras casi desérticas. Pero al poco tiempo descubrieron otro oro: el ganado que podía pastar en esas planicies y luego ser conducido a los grandes centros poblados del Este. Es así como el aventurero se transforma en vaquero o "cow-boy". Su tarea consistía en cuidar el ganado, marcarlo y conducirlo a las ciudades consumidoras, pero, sobre todo, en defenderlo de los indios y cuatreros. Poco a poco fueron apareciendo las alambradas y cercos, creándose una nueva situación con nuevos problemas de adaptación. Poco a poco la civilización fue extendiendo sus tentáculos hacia el Oeste. Las rutas surcadas primero por jinetes, carretas cubiertas y diligencias van a presenciar luego la competencia del ferrocarril y la sustitución después por grandes y cómodas carreteras para vehículos motorizados.

Pero este proceso no fue pacífico. Hubo en el Lejano Oeste una nutrida crónica roja, que culminó entre los años 1870 y 1880, llamados la "década sangrienta". Hombres decididos a abrirse paso hacia la fortuna se enfrentaban con una tierra nueva, se cruzaban y se eliminaban entre ellos sin que hubiese autoridad capaz de imponerles la ley. Ellos fabricaron su propio código del honor.

Esta historia no pudo dejar de transformarse en epopeya. El Oeste proporcionó una valiosa materia prima con la que se elaboró una leyenda. La imaginación popular aprovechó este fondo histórico como punto de apoyo para emprender interminables vuelos.

Cuando este proceso se hallaba en plena germinación, cuando novelas y baladas se nutrían en la inagotable cantera del Oeste, nació el cine. Este material, al pasar a la pantalla arrebató de inmediato al público. La primera película de argumento norteamericana fue un "western" filmado en 1903. Se llamaba *The great train robbery* (*El asalto del expreso*) y fue dirigida por Porter, el mismo que poco más tarde dirigiera *La cabaña del Tío Tom*. Su éxito fue tan enorme, que se dio durante años sin aburrir. *The great train robbery* era invariablemente la película inicial de funciones a base de cortos —como lo eran todas en aquel entonces—. Era una especie de aperitivo que se repetía sin cansar.

Ese éxito era perfectamente explicable. El paisaje del oeste, las cabalgatas y el dinamismo propio de las aventuras de cow-boys encontraron un medio ex-

presivo insuperable en el cinematógrafo. Pero no olvidemos esas cabalgatas, esas aventuras y ese paisaje se relacionan con una etapa importantísima de la vida de un gran pueblo.

El western y el paisaje

Las películas del Oeste, al referir la conquista de una tierra y el nacimiento de nuevos grupos humanos que el azar reúne en vastos espacios, no pueden prescindir del paisaje. La relación "hombre-tierra" es tan fuerte que ninguno de los dos elementos puede suprimirse. Por eso en el género western abundan las tomas de panoramas llanuras, desiertos, desfiladeros, rocas, montañas y nubes. La naturaleza es algo más que un decorado en el cual transcurre la acción, algo más que un ingrediente de indudable valor estético. Es un testigo de las proezas humanas y la clave que explica esa fiebre que domina a los hombres y los impulsa a la aventura.

Por otra parte, los pioneros que avanzaron hacia el Oeste no pudieron aislarse de los elementos naturales o prescindir de ellos. El sol, el viento, el polvo, el agua, el frío etc., estaban mucho más presentes a sus sentidos. Significaban algo mucho más vivencial que para el actual habitante de las grandes metrópolis. Por eso las películas westerns, al retratar esas vidas, tiene que incorporar a ellas la naturaleza. Esta asume proporciones grandiosas, orquestando el esfuerzo humano. Con razón varios críticos franceses han hablado de "sinfonía" a propósito de este género cinematográfico para expresar esta síntesis entre hombre y cosmos que en él se produce con caracteres solemnes.

El sonido y el color han aumentado las posibilidades de expresión a través del paisaje. La presencia del viento, el rumor de las cabalgatas, las detonaciones, etc., encuentran en el sonoro una nueva forma para manifestarse. Igual sucede con el color, que con sus contrastes de tonos brillantes y oscuros —sus amarillos, rojos y violetas— compone un fondo sinfónico que acompaña el drama humano. Henry Agel llega a comparar el rojo de Nicolás Ray en *Johnny Guitar* con el verde de García Lorca en *Verde, que te quiero verde*.

Este carácter orquestal del color, unido al movimiento y al sonoro, lo encontramos en una de las más bellas secuencias jamás logradas en el cine: la avalancha sobre Oklahoma, que Anthony Mann incluye en su film *Cimarrón*. Este episodio histórico, tan típico de la conquista del Oeste alcanza en la pantalla una grandiosidad que no desmerece en nada lo que fue en la realidad.

Último atardecer, de Aldrich es otro western en que el color juega un papel importante. Kirk Douglas, vestido de negro avanza hacia la muerte mientras el sol se consume y arde en una impresionante hoguera. Resuelve con su sacrificio el problema producido por el enamoramiento de una joven, que él ignoraba hasta poco antes que era su hija. Ella aparece vestida de amarillo claro en una escena nocturna. Amarillo sobre negro, negro sobre rojo dorado.

El jardín del mal, de Hathaway, es otro ejemplo de cuánto valen el color y el paisaje en el género western. Esta película contiene un preciosismo fotográfico en sus desfiladeros, sus noches y las ruinas de una vieja misión. El color no sólo impregna la peripecia

de ese grupo perseguido por los indios, sino también el romance entre la heroína y Gary Cooper.

Shane, el Desconocido, dirigida por George Stevens, es una de las películas clásicas del Oeste. También en ella se ve la importancia del color y su contribución a la trama.

Podríamos seguir enumerando films tras films en los que el color y el paisaje dan el ambiente propicio a cintas westerns. Pero no son factores imprescindibles como lo han demostrado John Ford en *Un tiro en la noche*, y Fred Zinnemann en *A la hora señalada*. Ambas películas están hechas en blanco y negro y con escasa intervención del paisaje; ambas son también de las más representativas del género.

Western y acción

¿Podríamos imaginar una película western sin acción? Hemos nombrado dos, *Un tiro en la noche* y *A la hora señalada*, en que el paisajismo y el colorido poco o nada intervienen, pero no podríamos nombrar ninguna en que no hubiese acción. Incluso los primeros westerns mudos, que eran de carácter documental (*La vida de un cow-boy*, *Las aventuras de un cow-boy americano*, etc., —anteriores a 1910—), lo mismo que *La conquista del Oeste* —en cinerama— llevan consigo el movimiento. No pueden desprenderse de él. Si estos films semidocumentales encierran acción, ¿qué será de aquéllos en que la trama se construye sobre una sucesión interminable de peripecias?

Todo en una película western es acción o preparación a ella. Los hombres o están galopando en ágiles corceles o desenfundan sus revólveres o se golpean en luchas cuerpo a cuerpo o se preparan para la violencia en un clima de tensión creciente.

John Sturges dice que el recurso a la violencia es una de las tres características esenciales del género, las dos restantes serían el aislamiento que hace imposible recibir auxilio o traspasar la responsabilidad a otras manos, y, finalmente, el que "un hombre o grupo de hombres se vean forzados a asumir la ley y la justicia" lo quieran o no, aunque en ello les vaya la vida."

La única lógica que el western considera es la destrucción del adversario. Su maniqueísmo generalizado —división neta entre buenos y malos— lo induce a suprimir el mal extirpándolo, ya que no se le concede la posibilidad de conversión.

Este frenesí de acción de los films del oeste hace que sean tan aceptados por los niños y que éstos los reproduzcan en sus juegos.

Esta imitación puede entrañar algún peligro para la psicología infantil. No descartamos esta posibilidad, pero la minimizamos, pues creemos que tiene más importancia el aporte positivo del western a la mentalidad de los menores: les hace vivir al menos en su imaginación aventuras que no pueden realizar en un mundo en que todo está previsto y reglamentado, les enseña a enfrentar las dificultades y a desarrollar la virilidad. Los westerns ofrecen una válvula de escape a la natural agresividad del varón, evitando buscar desahogos más peligrosos y tortuosos.

¿Estará en alguno de los valores mencionados el secreto del éxito de las películas del oeste? A pesar

de la importancia que le atribuimos a su conexión con la historia, a sus paisajes y a su acción, no creemos que en ellos resida el valor fundamental del western. No reside en su carácter histórico, que sólo es comprendido por el público estadounidense. ¿Acaso imaginan los niños chilenos, javanenses, italianos o turcos en que el hombre del oeste está ligado a una etapa importante de la historia de los Estados Unidos? Sin embargo, saborean estas películas. Tampoco reside en sus paisajes. Ya vimos algunos clásicos del género que prescinden de él. Además, hay otros paisajes en el globo con características similares; pero que no han creado un género cinematográfico. Tampoco reside en la acción, pues hay otros géneros con tanta acción como el western; y que, sin embargo, no han podido prodigarse tanto ni han tenido tanta aceptación ni tanta capacidad de adaptación para sobrevivir a todos los cambios de gusto: películas gansteriles, de espionaje, de guerra, de piratas, etc.

¿En qué está, entonces la razón que explique la universal aceptación y la inagotable fecundidad de este género? Es lo que a continuación trataremos de explicar.

El western y el mito

En la historia, cuando algo nace, fácilmente da lugar a la epopeya. Los albores de los pueblos son los temas preferidos de los bardos épicos. ¿Por qué? Porque entonces, cuando todo está por hacer, el heroísmo se desata y encuentra más ocasiones para manifestarse e imponerse. Los hombres grandes tienen oportunidad de grabar su paso, acuñando una ley, una tradición, una costumbre que no existían y ellos implantan.

Los pioneros del Oeste tuvieron que construir una sociedad. Ahora bien, durante toda faena de construcción histórica una serie de valores existen en estado germinal, primitivo. El "bien" y el "mal", la ética entera, son captados en su fuente, en su forma original y genésica. De esa moral colectiva surge un clima humano en que las relaciones se entablan de acuerdo a cánones que eliminan o afianzan al hombre, lo agrandan o lo hacen desaparecer.

En esa nueva percepción de valores, todo es naturalmente más primario y puro, más nítido y simple. Por eso el bien y el mal están tan definidos. Por eso el hombre enfrenta un dilema: hacerse héroe o retirarse, enfrentar el peligro o perder toda estimación.

¿No son acaso estas líneas de fuerza las que orientan la trama de todos los westerns? Esta concepción ética es como una corriente subterránea que domina el género e imprime una dialéctica perceptible en cada film de vaquero.

Pero hay algo más. Cuando un momento histórico inspira leyendas que extraen su fuerza y su rumbo del manantial de la ética es porque se ha penetrado muy hondo en el alma humana. Estamos en la zona de lo mítico. Hasta allí ha extendido su raigambre el género western. Sus héroes, al desplazarse libremente por espacios inmensos al derrochar coraje en lucha tras lucha, el exponerse a todos los peligros para terminar imponiendo la justicia, aniquilando la maldad y protegiendo la virtud, están expresando un mito. El mito

consiste en la irrupción de lo sobrehumano en lo humano, pero su génesis está en el hombre mismo, que proyecta hacia afuera sus ansias más puras y recónditas, que no puede ver concretadas en su propia existencia.

Aquí está el secreto del éxito del western, de su popularidad universal, de su vigencia a través de todos los cambios de gusto. Esos cow-boys y esos sheriffs que se lanzan sin ocurrírseles torcer el camino que la ley del oeste les señala, que son imbatibles en la lucha y representan el bien, responden a una verdadera necesidad del hombre moderno. La vida oculta y monótona del siglo XX no le ofrece al ciudadano corriente ocasión de luchar, de imponerse, de ejercitar su vigor físico. Por eso el cow-boy o el vaquero se le presentan como una compensación, como un mito. Los niños son más sensibles al embrujo del mito. Por eso ellos son los que más se entusiasman con las películas westerns.

William Hart, Bronco Bill, Tom Mix fueron los más grandes actores de este género cinematográfico en la época del mudo. En la época del sonoro no ha habido ningún gran actor de Hollywood que no haya protagonizado uno o varios westerns. John Wayne, Gary Cooper, James Stewart, Joel McCrea, Marlon Brando, Glenn Ford, Henry Fonda, Gregory Peck, Kirk Douglas, etc., etc.

El mérito de estos y otros actores —muchos desconocidos— es haber ligado valores tan profundos del alma humana a la imagen del hombre del Oeste.

Metamorfosis del western

La Diligencia de John Ford, marca un viraje decisivo en la historia del western. Si el género hubiese seguido como hasta entonces, hoy sólo sería espectáculo para niños y adolescentes. Sus cabalgatas, tirateos y peleas suponían al hombre movido por una concepción moral, por una estructura mental prefabricada. Tanto es así que los argumentos se hacían cambiando las circunstancias, los personajes y luego automáticamente funcionaba la máquina. Las combinaciones podían ser inagotables, pero lo que no era inagotable era presenciar el destino de esos hombres, convertidos en instrumentos o marionetas. Por ellos pasaba la ley del oeste como una corriente avasalladora sin encontrar la menor resistencia. Parecían carentes de interioridad. El cow-boy podía montar a caballo, desmontar, sacar su revólver, golpearse con un adversario, etc., como los héroes de la tragedia griega, llevando sobre su rostro una máscara. No le hacía falta expresarse a través de los cambios de su fisonomía.

¿Cómo salió el western de este impasse? ¿Cómo pudo, sin negarse a sí mismo, esto es, conservando su movilidad, su recurso a la violencia, su horizonte de valores morales, mostrar una faceta que satisficiera las exigencias de un público más culto?

No podría haber superado el escollo inventando nuevas aventuras o perfeccionando las técnicas sino adquiriendo una dimensión nueva. El western, que manejaba hombres, se dio por fin cuenta que sus héroes eran humanos. Desde ese momento, prestó atención a sus luchas internas, captó lo que pasaba dentro de ellos en esa vorágine de acción que antes impedía auscultar sus latidos de hombres.